



Dossier: Historia de las infancias en América Latina

Beatriz Alcubierre Moya, *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico* (México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos / Bonilla Artigas Editores, 2017).

Claudia Freidenraij

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” – Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género – Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires

claudiafreidenraij@gmail.com

El campo de estudios sobre las infancias latinoamericanas ha estado en permanente crecimiento en las últimas décadas y este libro forma parte de ese movimiento expansivo de nuestro conocimiento sobre los niños en el pasado.

Preocupada por poner en diálogo las nuevas formas de interpretar a la infancia durante el período borbónico con el intervencionismo y las prácticas modernizadoras de la monarquía hispánica tanto en la metrópolis como en Nueva España, Beatriz Alcubierre Moya ofrece en *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico* una reflexión que combina el análisis del discurso sobre los niños y los desafíos de una historia del México colonial que contemple la función especialísima que le cupo a los niños huérfanos, expósitos, menesterosos, marginales —es decir, *de nadie*— en el marco de un proyecto político que pretendía aprovechar su potencial productivo.

La autora entiende que el proceso de construcción de la infancia es inescindible de una serie de procesos sociales, políticos, económicos y culturales más amplios. En este sentido, plantea que las transformaciones de las nociones sobre los niños y su valoración (tanto al interior de las familias como en el plano de las decisiones de Estado) deben pensarse a partir del proceso de secularización desarrollado en el ámbito hispanoamericano durante los siglos XVIII y XIX. Con vistas a acrecentar el poder y la riqueza del Estado colonial, los niños menesterosos se constituyeron como una población con enorme potencial para los planes monárquicos.

La autora propone pensar las infancias menesterosas novohispanas en el juego entre utilidad y exclusión de estos “niños de nadie” (cuyo denominador común fue estar a disposición del Estado), en donde ellos (y ellas) fungieron como agentes colonizadores, sujetos de experimentación científica y portadores del suero antivariólico con el que se comenzó a combatir seriamente las epidemias de viruela que asolaban al nuevo y al viejo mundo. En esa clave paradójica de la exclusión y la potencialidad de los “niños de nadie”, la autora encuentra una forma válida de pensar los discursos ilustrados y las prácticas concretas del Estado borbónico en América. Infancia y marginalidad se vuelven entonces una trama argumental desde la cual reflexionar sobre la condición de excluidos y reutilizados, dado que “resulta prácticamente imposible” entender a la infancia “sin pensar en términos de utilidad y productividad” (p. 181).

Uno de los principales desafíos que este trabajo asume reside en atender a las siempre difíciles relaciones entre el poder monárquico residente en la metrópolis y los funcionarios novohispanos, gestores de una realidad colonial que —sabemos— seguía su propia dinámica. Las tensiones y contradicciones entre las órdenes reales y las realidades americanas constituyen entonces un factor del análisis en sí mismo.

El primer capítulo desarrolla los cambios que alteraron la forma de pensar a la infancia en el período reformista de la administración borbónica, que dieron pie a las tendencias utilitaristas en las concepciones de la infancia. La autora enmarca esta cuestión en el proceso de secularización que caracterizó a la transición hacia la modernidad, el que supuso el desarrollo de nuevas percepciones sobre varios fenómenos sociales, entre ellos: los vaivenes demográficos, las epidemias, la enfermedad y la muerte. A partir del estudio de diversas narrativas sobre el martirio infantil,

tanto europeas como americanas, la autora recupera la religiosidad popular del niño mártir. Alcubierre Moya sostiene que a principios del siglo XIX los catecismos habrían mutado para incorporar lecturas que también adoctrinasen a los niños en función del comportamiento cívico, social y moral, con lo cual la administración borbónica estaba contribuyendo a la formación de “ciudadanos útiles” (p. 40). De esta forma, se advierte una “transición discursiva” del ideal medieval del mártir-héroe de la vida ascética al principio utilitarista del hombre práctico, que en lo relativo a la infancia se tornó visible no sólo en el ámbito educativo sino también en la política asistencial de los borbones (p. 43). En dicha transición, se habría producido una mutación de la figura del niño mártir: la infancia menesterosa comenzaba a operar como una oportunidad de redención de la nación española, a partir de “una suerte de reciclaje del material humano dúctil” (p. 43). La autora encuentra que fue durante la última década del siglo XVIII y la primera del XIX que el monarca Carlos IV se convenció de la verdadera importancia del problema de los niños expósitos. Así, la fundación de casas de expósitos estuvo anudada a la preocupación demográfica por la infancia abandonada: el pensamiento poblacionista se encaramó sobre las experiencias filantrópicas que florecieron bajo la administración borbónica. Se trataba de retirar de la vida parasitaria a todos aquellos que podían resultar vasallos útiles al rey. En este proceso, la ilustración proveyó de herramientas clave para intervenir sobre la vida y los cuerpos de las personas. El despotismo ilustrado se sirvió del saber científico (tanto de sus prácticas administrativas como de procedimientos médicos) para potenciar la población, entendida como riqueza fundamental de un Estado. En este contexto, no es de extrañar la atención prestada a los “niños de nadie”, un colectivo de trabajadores potenciales amenazado por la mortalidad masiva y precoz. Las inclusas funcionaron como laboratorios de padecimientos infantiles y sus niños como cuerpos disponibles para el ensayo de nuevos procedimientos médicos que a la larga derivaron en el desarrollo de métodos de prevención de epidemias, puntualmente de las de varicela.

En Nueva España, las instituciones creadas específicamente para la atención de la infancia menesterosa fueron conjuntamente administradas y financiadas por la Iglesia y el Estado, aunque no puede soslayarse que la filantropía privada colaboró activamente en su subsistencia. El nacimiento relativamente tardío de las casas de expósitos, dice la autora, se habría debido a la capacidad ordenadora de las familias novohispanas que tendían a acoger rápidamente a los niños aban-

donados, atenuando el impacto del estigma del expósito. Sin embargo, argumenta, esta práctica se habría trastocado a mediados del siglo XVIII cuando se impuso el criterio de la segregación de los moralistas ilustrados, acentuando la marginalidad de los niños huérfanos y abandonados que se montaba sobre la intolerancia de la ilegitimidad.

El segundo capítulo se ocupa de reconstruir la experiencia de colonización de la Alta California a partir del traslado compulsivo de un grupo de niños y niñas expósitos/as, poniendo en relación las ambiciones territoriales de la monarquía ibérica con las nuevas formas de pensar a los niños expósitos como una herramienta disponible para cumplir con la voluntad del rey —en este caso, la consolidación del proceso de colonización de los márgenes del imperio—. Aunque el territorio ya estaba efectivamente ocupado, el traslado de niños y niñas estaba llamado a fortalecer la presencia española en las fronteras del territorio novohispano e incluso a mejorar la calidad de la población productiva de la zona, ya que se pretendía que los varones se convirtieran en artesanos y las mujeres en esposas de los pobladores, con la idea de contribuir al poblamiento del lugar. Alta California siguió la fórmula tradicional de colonización que integraba el presidio y la misión, de lo que resultó una estructura social compuesta por una minoría de colonos concentrados en los presidios y los pueblos, y una mayoría de indios recientemente convertidos al cristianismo. Las dificultades para promover cierto crecimiento demográfico de la región (que asegurara el éxito económico a la vez que garantizaba el dominio español de un territorio amenazado por las incursiones inglesas, francesas y rusas en Norteamérica) coadyuvaron a que en 1797 el virrey Branciforte resolviera el traslado de un grupo de niños y niñas expósitos para potenciar el desarrollo demográfico de Alta California. Aunque se había proyectado como un plan sistemático, que generaría un flujo permanente de niños y niñas que año a año llegaría a los confines del Virreinato a asegurar los dominios del emperador español, la experiencia se redujo a una sola expedición que acarreó muchos más gastos que los presupuestados y encontró obstáculos de diversa índole (que, sin embargo, no frustraron el proyecto). Nueve niños de entre 7 y 12 años, once niñas de entre 7 y 19 años, más una cuidadora de 22 años (madre de la niña más pequeña que integraba la caravana) llegaron al puerto de Monterrey después de una travesía que duró más de cinco meses y un traslado en carruajes y barco. Los varones fueron rápidamente colocados en diversas familias y las niñas, en su mayoría, contrajeron matrimonio con pobladores locales. Si se atiende a la asimi-

lación de estos niños y niñas como parte de la nueva comunidad, sostiene la autora, esta experiencia (aunque frustrada en sus pretensiones de continuidad) fue exitosa, en la medida en que estos sujetos habrían logrado transformar su condición de excluidos.

A través de un trabajo prosopográfico, la autora rastrea el camino que pudieron seguir los pequeños colonos, para encontrar que mientras las niñas se dedicaron a procrear nuevos pobladores, algunos de los varones alcanzaron posiciones de importancia en la sociedad receptora, en virtud de los matrimonios que celebraron con las mujeres jóvenes de familias ya instaladas. En este sentido, la autora propone pensar el traslado de expósitos a la frontera como una forma de reutilización o recuperación de los marginales, cuyos destinos estaban sobredeterminados por su condición de género: si se atiende al discurso oficial los varones fueron apreciados por su potencialidad como artesanos industriales, mientras que las niñas lo fueron por su capacidad reproductiva. Sin embargo, destaca Alcubierre, las mujeres cumplieron un papel central en la tarea de “civilizar” a los indios neófitos, en la medida en que instruyeron y guiaron a las poblaciones originarias según las costumbres hispano-mexicanas; por lo que su capacidad reproductiva habría sido útil no sólo en términos demográficos, sino también en función de la reproducción social.

El tercer capítulo indaga el papel que le cupo a los niños como agentes de la variolización, una técnica previa al surgimiento de la vacuna contra la viruela que, pese a haber sido resistida en todo el territorio hispanoamericano, se reveló como efectiva gracias a los experimentos que se realizaron en niños huérfanos y menesterosos. En este sentido, la autora destaca el lugar que los niños pobres jugaron en el proceso de conformación de la modernidad occidental, en la medida en que medicina e infancia se volvieron mundos muy próximos: su lugar como sujetos de experimentación y agentes para la prevención sólo es comprensible en el marco de la secularización descrita en el primer capítulo. En torno a las recurrentes epidemias de viruela en el viejo y en el nuevo mundo, los niños ocuparon un rol destacado en la medida en que fue sobre ellos que comenzaron las prácticas de medidas experimentales, que terminaron revolucionando el pensamiento médico de la época. La generalización de prácticas médicas preventivas (la variolización y, más tarde, la vacunación) rompieron con la idea de aislamiento y reclusión: se

trataba no de impedir el contagio de la enfermedad, sino de provocarla artificialmente para lograr la inoculación y su neutralización como amenaza masiva.

En el marco de la epidemia de viruela de 1779 en Nueva España, diversas instituciones participaron de las pujas en torno a la implementación del método de variolización que ya se empleaba en las colonias inglesas: el virrey, el Ayuntamiento, el Protomedicato e incluso la Iglesia estuvieron involucrados. El edicto virreinal de 1779 permitió una campaña de variolización voluntaria a cargo del médico francés Esteban Morel, que al experimentar con niños “indios” y “no indios” logró resultados alentadores que, no obstante, no alcanzaron para vencer las resistencias y limar los conflictos con el Protomedicato (que lo acusó de la muerte de una veintena de niños de la Casa de Expósitos en 1791) y con la Iglesia, que le inició un juicio inquisitorial acusándolo de herejía, desobediencia a las leyes de Dios, posesión de libros prohibidos y divulgación de noticias sobre la revolución francesa —todo lo cual terminó con el suicidio de Morel en el interior de su celda en febrero de 1795. Cuando en 1796/1797 se desató la última gran epidemia de viruela, ésta se desarrolló en el marco de una intensa campaña sanitaria promovida por el virrey Revillagigedo, que ordenaba autoritariamente tanto el espacio público como las conductas sociales. El saneamiento urbano estuvo acompañado por la formalización de un cuerpo de policía que, como lo ha desarrollado Michel Foucault para el caso francés, superponía enormes funciones sanitarias con funciones vinculadas a la policía de las costumbres¹. En este contexto, la variolización se difundió significativamente por la Ciudad de México, a pesar de las opiniones del virrey (que estaba acantonado fuera de la ciudad en virtud de la amenaza inglesa del puerto de Veracruz) y con ayuda del Protomedicato, que se había vuelto partidario de este método, y de la Iglesia católica, que instó a sus párrocos a convencer de los feligreses de su aplicación.

El cuarto y último capítulo se aboca al estudio de la Real Expedición Filantrópica de la vacuna antivariólica de principios del siglo XIX, ordenada por Carlos IV, a partir de la cual el médico español Balmis recorrió cuatro continentes fundando juntas de vacunación en los principales centros urbanos de todas las posesiones españolas e inoculando niños y niñas en el camino. La particularidad de esta primera campaña de vacunación masiva de la historia radica en que para

1 Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

garantizar la efectividad de la técnica de variolización “brazo a brazo”, Balmis se trasladaba con un contingente de más de veinte niños vacuníferos, portadores de la enfermedad, a los cuales iba inoculando paulatinamente para asegurar la provisión del suero antivariólico, de modo que los niños se volvieron parte de una cadena humana de portadores de la vacuna que se renovaba en cada escala, y en calidad de tales se los fue trasladando por el mundo. Se trata, argumenta Alcubierre, del ejemplo más paradigmático de la forma en que el Estado borbónico contempló a los niños pobres desde una mirada utilitarista.

En su estadía en Nueva España, Balmis se encontró con una enorme resistencia de la población, que se negaba a entregar a sus hijos para cumplir la función de “niños vacuníferos” y con el sabotaje del mismísimo virrey Iturrigaray, que hizo cuanto pudo por conseguir la vacuna antes de la llegada del médico real itinerante y vacunó a buena parte de la población expósita, a su hijo de 21 meses y a sí mismo. A su vez, el virrey obstaculizó la salida de Balmis hacia Filipinas, negando la autorización para que la expedición abordase el Galeón de Manila y Balmis se enfrentó a las suspicacias de la red de asistencia pública novohispana que ya venía funcionando aceitadamente desde la última epidemia de viruela en el marco de las reformas de Revillagigedo. Estas disputas, sostiene la autora, serían el producto de las fricciones propias del autoritarismo borbónico, que intervenía en la vida de las colonias de ultramar soslayando la realidad y las iniciativas de las autoridades locales —tensiones en torno al ejercicio del poder en el espacio colonial en el contexto de una crisis política de mayores dimensiones.

Este último capítulo apunta a reconstruir las vicisitudes del contingente de veintidós “galleguitos” que partieron de La Coruña, España, en noviembre de 1803 con destino a Puerto Rico y del grupo de veintiséis niños españoles y mestizos que saliendo de México fueron trasladados a Filipinas en febrero de 1805. Aunque la mayoría era niños expósitos, sin familia, un grupo importante era hijo de familias pobres, a quienes la corona prometió manutención, educación y colocación llegado el momento, como recompensa a los servicios prestados. Sin embargo, esto no ocurrió en ninguno de los dos casos. Los niños españoles venidos desde el viejo continente nunca regresaron a sus hogares, mientras que los mexicanos demoraron no menos de tres años en volver a casa.

En síntesis, *Niños de nadie. Usos de la infancia menesterosa en el contexto borbónico* Beatriz Alcubierre Moya constituye un libro ambicioso, que tiene el enorme mérito de construir un relato verosímil sobre las grandes coordenadas macro-sociales de la transición a la modernidad. Tiene, a su vez, el valor de estar construido sobre un fondo documental polifónico, que articula el análisis de imágenes (pinturas, grabados, litografías) y de cédulas reales; expedientes administrativos de diversos momentos de la etapa colonial; tratados políticos, filosóficos y médicos; cédulas censales; memorias manuscritas y providencias de policía. Y, finalmente pero no por eso menos importante, tiene una enorme capacidad de interpelación al lector, en la medida en que despierta preguntas y genera curiosidad sobre nuevas aristas de esa realidad pasada que resulta a veces tan esquiva.